

Odiando la poesía: verso libre, verso encadenado.

La mayor parte de los editores y colaboradores de esta revista hemos concluido en que la poesía, tal y como hoy se nos presenta, está absolutamente devaluada.

No hacen falta nombres y señalizaciones para darse cuenta de eso. La aparición del libro perfumado entre las galerías de las tiendas especializadas –es decir, desde la invención de la imprenta- vino a cumplirse un gesto que venía fraguándose desde la introducción del alfabeto vocálico en Grecia, s. X o IX a. C. aprox. La muerte de la poesía en manos de los traductores de principios del s. XX acabó por crear la escuela paradójica de lo que llaman verso libre...

Verso que, libre de métrica, se ata, como es natural a la proporción de la página escrita. Un poema de esa clase no se puede memorizar y por tanto únicamente puede sobrevivir dentro de un libro. Esto conviene mucho a los editores de poesía, ¿quién lo duda?, pero conviene muy poco a la poesía.

La poesía, como coronación de lo íntimo y personal, ha venido a convertirse en un producto más de capitalismo. Cuando se lee el poema, se lee al poeta. Esto es: que la lectura es ya de por sí el lugar en donde el lector se rinde ante la sumisión del genio del putón literario de turno, todo ello para mantener y reproducir el esquema de la jerarquización del Poder y Capital en lo que el se da en llamar ‘manifestaciones culturales’. Esto mismo sucede en todas las artes de museos o no, contemporáneas o no, subversivas o no: de lo que se trata es de vender la triste imagen del éxito.

Y entre más libre se pretende ser, más se cae, como en paradoja, en la más llana y simple de las esclavitudes: la esclavitud de la escritura como a la que estamos sometidos en el Régimen de la Cultura y el Dinero.

Y ante ellos dejamos estos poemas... variopintos entre sus estilos y sus maneras, sin estar demasiado convencidos de hacer nada, pero manifestando nuestro NO.

(Las editoras)